

“Linternas mágicas” en “la envoltura visual” del Yo*

Guy Lavallée

... “No me atrevía a fotografiar a la gente. Comencé más tarde, con la aparición del Rolleiflex, porque con el Rolleiflex se tiene el visor por encima del aparato. Es un instrumento que permite no mirar a la gente de frente.”

Robert Doisneau

“Lo que le falta a la teoría psicoanalítica de la percepción es su inclusión en un espacio de retorno (...)”

A. Green (*El trabajo de lo negativo*)

¿Existe un enigma más grande que aquél que se esconde bajo la máscara de la evidencia? ¿Existe evidencia más grande que la visión?

Yo lo veo: es cierto, es así, ¿no podría ser de otra manera!

Para intentar pensar la visión, me parece conveniente disponer de un lugar de experiencia cultural que la comprometa masivamente e imponga comprender lo que está en juego¹. Si el creador de imágenes y el clínico quieren unirse en la misma persona, disponen de un modelo analógico de la percepción y de modelos psicóticos de pérdida del sentimiento de realidad. A partir de ahí, es posible proponer un esquema metapsicológico de la visión. Pero veamos en primer lugar lo que es un modelo analógico.

* Publicado en *Revue Française de Psychanalyse*, 1995.

¹ El trabajo de “Interlocutor transicional” con adolescentes que presentaban estados psicóticos, con la ayuda de una “Mediación simbolizante”, en el hospital de día del Centro Etienne-Marcel, constituye para mí ese “taller” de la psicologización de la visión. Es en efecto con material de video como construyo, con adolescentes, experiencias culturales winnicottianas, y de las que intento extraer su posible valor de cura.

He terminado por comprender que la fotografía, el cine, el video habían sido creados por proyección y externalización de nuestro “Yo visual”, del cual constituían una prolongación. Esos equipos técnicos imitan y simulan nuestro aparato psíquico visual. Enmarcan el mundo, “hacen pantalla” a su percepción directa y lo reflejan. Por todas estas razones los denomino “dispositivos reflexivos encuadrantes y pantalla”. Esos dispositivos de “simbolización imaginante” –voy a intentar convencer al lector– surgen de la *percepción*, de la *representación* y... de la *alucinación*. Alucinación que consideraremos, después de Freud, en su fase positiva y negativa² (Duparc, 1992) (Couvreur, 1992). ¿No son las “linternas mágicas” analogon más exactos de nuestro aparato de percepción que un simple “block mágico” (Freud, 1925) en el cual no se inscribe más que la escritura?

Cuando veo una película, ¿me encuentro ante la imagen del objeto filmado o delante del objeto mismo? Por más advertido que esté acerca del dispositivo técnico, siempre tendré la *duda* acerca de la ausencia del objeto. Siempre me parecerá que miro, como a través de una ventana, una percepción actual y directa. En el cine, mi actividad perceptiva está entonces marcada por un “quantum alucinatorio” considerable, ya que aquella tiende constantemente a *confundir* percepción directa del objeto y percepción de la imagen del objeto. El cine es “deseo de una realidad que tendría el status de una alucinación, o bien de una representación tomada por percepción” (J.-L. Baudry, 1975). Pero en mi actividad perceptiva ordinaria, si puedo reconocer una forma en el mundo exterior, ¿no es porque dispongo ya de una representación de cosa *parecida* que puedo proyectivamente superponer a esta percepción? A partir de ahí, ¿cómo evitar que la *relación* psíquica adentro-afuera no esté ella misma marcada por un *residuo de confusión entre mis representaciones y mis percepciones*? Así se generaría un “quantum alucinatorio” perceptivo discreto.

Pero volvamos al cine. El objeto visto sobre la pantalla, ¿está “todo” ahí? ¡No! Y sin embargo el espectador vive también una *fantasía de aprehensión omnividente del mundo*. En efecto, el ensamblaje o el montaje, a partir de fragmentos de realidad

² Sobre la historia de la alucinación en Freud, cf. François Duparc, Nouveaux développements sur l'hallucination négative et la représentation y Catherine Couvreur, L'illusion d'absence, hallucination négative et hallucinatoire négatif chez Freud en *RFP*, 1/1992.

discontinua, fruto de una multiplicidad de puntos de vista –que al director le ha tomado varias semanas filmar– reconstruye una impresión de la realidad homogénea y continua. Esta “neorrealidad” espacial y temporal obedece secretamente al principio de placer y da cuenta de la alucinación de deseo, ya que “aporta más” que una percepción directa, conservando al mismo tiempo la impresión de esta última. De hecho, el cine realiza una fantasía de omnividencia. *Es notable que esta omnividencia no procure un sentimiento de irrealidad, sino por el contrario, una impresión de realidad acrecentada.* Ocurre en efecto que esa fantasía omnividente no es creada por el cine, sino que impregna toda percepción visual. A cada vistazo está *todo* ahí, el ojo “se llena completamente”. El campo visual produce un mundo objetual estable y continuo, siempre sentido como una plenitud. El pensamiento sólo conoce la “falta”, la percepción visual se nutre insaciablemente de “lo pleno”. Pero esta plenitud es cómplice de la omnipotencia. Es de este modo como la objetividad perceptiva visual puede subvertir “la prueba de realidad” y convertirse insensiblemente en mágica.

Esa paradoja de un *dispositivo objetivante productor de cuasi alucinaciones* se expresa desde los comienzos del cine, por medio de dos corrientes creadoras opuestas que perduran hasta nuestros días. Mientras que los hermanos Lumière enviaban a las cuatro esquinas del mundo “operadores” que, a la manera de un “pensamiento operatorio”, debían recoger lo real liberado de toda subjetividad, el “mago” Georges Méliès había entendido que, como las imágenes del sueño, el cinematógrafo era capaz de producir una *percepción* sorprendentemente parecida a una realización alucinatoria de deseo.

Pero esa paradoja de un dispositivo objetivante que produce cuasi alucinaciones, ¿no sería también el de nuestro propio aparato psíquico de percepción? Al cruzarlo con la clínica, el analogon cine permitiría así desprender dos vías complementarias normales en el acceso a lo real percibido:

- una modalidad operatoria (la comprobación perceptiva proclama tautológicamente: “¡es real porque es así!”);
- una modalidad alucinatoria (el Yo transforma el percepto para hacerlo isomorfo a sí mismo: “¡es más real que lo real porque lo alucino!”).

En esta perspectiva, ¿“la prueba de realidad” sería operatoria? No lo creo, porque son la fantasía de omnividencia y el quantum alucinatorio los que sostienen la *certeza perceptiva*.

Planteo la hipótesis de que un “quantum alucinatorio” colorea habitualmente en “dosis homeopáticas” toda nuestra actividad perceptiva y asigna un grado de presencia variable a cada percepto. No existe “sentimiento de realidad” ni de “presencia en el mundo” de un sujeto sin quantum alucinatorio ligado a su actividad perceptiva.

Esta hipótesis se sostiene en la analogía estructural entre el “efecto-sujeto” (J.-L. Baudry, 1975) del cine y nuestro “Yo visual”³ (Anzieu, 1993).

LA ENVOLTURA VISUAL DEL YO Y SU PANTALLA PSIQUICA

Los dispositivos de imágenes grabadas descomponen el acto perceptivo: hay un lugar de aprehensión del estímulo, un lugar “desde donde se ve” (la cámara) y un lugar “en el cual es visto”, un lugar donde “eso se proyecta y se re-presenta”. Ese lugar de puesta en significación del estímulo es siempre materialmente una “pantalla”.

Pero percibir no es representar, es figurar por afuera. He reubicado entonces la pantalla que está ante nuestros ojos en el polo perceptivo. La pantalla perceptiva psíquica es comparable al vidrio despolido de un visor reflex de una cámara de fotos o de una filmadora. La pantalla del visor que marca el límite en

³ El presente texto sería especialmente “ligero” si no se basara en una conceptualización rigurosa y sistemática de la psicologización de la percepción visual, desarrollada e ilustrada en dos artículos:

– “La boucle contenante et subjectivante de la vision, sa rupture dans les états psychotiques”, en *Les contenants de pensée*, libro colectivo dirigido por Didier Anzieu, Dunod, 1993, p. 87-126;

– “L’écran hallucinatoire négatif de la vision” [La pantalla alucinatoria negativa de la visión], en *L’activité de la pensée, émergences et troubles*, libro colectivo dirigido por Didier Anzieu, Dunod, 1994, p. 69-143.

Salvo mención contraria, la referencia a mis trabajos precedentes remite a estos dos textos. El presente trabajo puede ser leído entonces como una prolongación, o, por el contrario, una introducción a esos dos artículos, en donde el lector encontrará las precisiones y los matices necesarios. Agradezco a Didier Anzieu, quien desde 1989 se ha interesado en las investigaciones del desconocido que yo era para él.

profundidad en función del “enfoque” posee un marco que traza el límite en la superficie.

Esos dispositivos “reflexivos, encuadrante y pantalla” tienen una función de paraexcitación y de barrera de contacto. Los “visores” protegen la visión del “efecto Gorgona” y les permiten mirar incluso a los autistas (G. Lavallée, 1985 y 1994).

A Robert Doisneau (cf. el epígrafe) le gustó fotografiar seres humanos con un “Rolleiflex” que “permite no mirar a la gente de frente”. Si escuchamos bien al sensible Doisneau, es entonces por medio del equivalente visual de una negación verbal como podemos mirar a la gente para fotografiarla.

Charles, un adolescente psicótico, reemplaza el vidrio despuñado del visor reflex, con su espejo de 45 grados, por el rostro de su educador guía. En efecto, Charles le da la espalda a la demasiado excitante educadora con quien habla, y mira el rostro de su educador preferido –con el cual no habla– quien, por su parte, mira a la educadora. Así, Charles “mira” a la educadora por “reflexión” sobre el rostro de su educador, su “doble narcisista” (J.-J. Baranes).

Tal como lo he concebido, el trayecto en doble circuito de la “pulsión escópica” en la estructura de la envoltura visual se asemeja a la vez al dispositivo técnico del video o del cinematógrafo, al del Rolleiflex y a la invención de Charles. Es un trayecto reflexivo psíquico análogo que, “normalmente”, en las situaciones “ordinarias”, nos permite mirar a la gente de frente sin tener la sensación de ser aspirado o atravesado por su mirada.

Para psicologizar nuestras percepciones y volverlas soportables, nos es necesario domesticar la “proyección” de la pulsión escópica y pautar el potencial alucinatorio que ella vehiculiza, haciéndola pasar por un dispositivo psicofisiológico continente y simbolizante “encuadrante y pantalla”.

Desde el comienzo de mis investigaciones elegí el concepto de *envoltura psíquica*⁴ (Anzieu, Houzel y col., 1987) para pasar de la modelización analógica de la visión a su modelización metapsicológica. A muchos, esta elección les resultó paradójica. *A priori*, la noción de envoltura con sus connotaciones de espacio cerrado y su referencia princeps, el Yo-piel de D. Anzieu, no

⁴ Cf. D. Anzieu, D. Houzel y colaboradores, *Les enveloppes psychiques [Las envolturas psíquicas]*, Dunod, 1987.

parecía poder aplicarse al registro de lo visual. El mismo Didier Anzieu había dejado ese problema en suspenso. Se comprobó, por el contrario, que la noción de envoltura, por sus mismas exigencias de anclaje en la corporeidad, me condujo a especificar el registro de lo visual. Entrevé que la visión expulsa el Yo fuera del propio cuerpo en un movimiento “antinarcisista” (Pache) fundamental, y corre el riesgo en todo momento de hacer estallar el Yopiel. *Ver es ir afuera del cuerpo, abandonar su carne, renunciar a las sensaciones corporales*. La envoltura visual es entonces un continente necesariamente “descorporizado”. A partir de ahí, me era preciso concebir también las modalidades de relación de lo visual con lo corporal. Es entonces alrededor de una dialéctica de la *descorporización* (A. Green) y de la *recorporización* como se organizó uno de los ejes de mi teorización, la *excorporización* (A. Green) que signa la ruptura de las funciones continentes de la envoltura visual.

Es su carácter descorporizado lo que hace de la percepción visual el primer soporte sensorial del pensamiento. Y es la excitación ligada a la percepción de los cuerpos humanos lo que será el agente “habitual” de la recorporización.

Ha llegado entonces el momento de dejar de lado el modelo analógico que nos ha ayudado hasta ahora. He aquí mi hipótesis (1993 y 1994). La pantalla psíquica sería un *filtro alucinatorio negativo*, una interfaz semitransparente, lugar del vínculo –despegado de lo real– entre el estímulo fisiológico y las representaciones proyectadas. *Esta pantalla psíquica la comprendí finalmente como el fruto de la alucinación negativa de la madre en el movimiento de su interiorización*. La pantalla, el escudo de Perseo, dejan así de ser únicamente modelos metafóricos, adquieren un status metapsicológico.

La envoltura visual es un espacio de “doble retorno pulsional” específico, primero pasivo/activo, luego, contra sí misma. La envoltura acoge el estímulo que viene de afuera, lo rechaza hacia afuera, *lo transforma hacia afuera sobre esta pantalla alucinatoria* y lo retoma hacia adentro como material psíquico. La pantalla alucinatoria negativa sostiene, filtra, limita, frena el doble retorno que tiene, en el plano perceptivo, los mismos efectos de distanciamiento y de “aceptación negadora” que la negación verbal.

Más precisamente distingo cuatro tiempos:

- los estímulos impactan el ojo, producen un *scanning inconsciente* (A. Ehrenzweig, 1974) y despiertan representaciones;
- las representaciones convenientemente filtradas por la barrera de represión son proyectadas sobre la pantalla interfaz;
- la superposición de las representaciones proyectadas y de esos mismos estímulos sobre esta pantalla producirá una operación de “simbolización imaginante” afectada de un “quantum alucinatorio” positivo. Podríamos decir que si el sujeto ve el mundo gracias a esta operación de simbolización imaginante, “se ve” también adentro, como se veía antaño en el rostro materno que ahora es alucinado negativamente y constituye la pantalla. A partir del momento en que el Yo logra “verse” metafóricamente en el mundo, va a operar una *inversión contra sí* del trayecto pulsional;
- y es el cuarto tiempo el verdaderamente introyectivo. El Yo ha impreso su sello sobre las percepciones, las ha vuelto familiares, puede sin riesgo tomarlas desde adentro. El Yo y el no-Yo vuelven a encontrar así una indispensable consustancialidad.

De este modo, el Yo ha asegurado igualmente su dominio sobre el mundo, se satisface con sus “figuraciones pantalla”, la “constancia perceptiva” es establecida.

El trayecto en “S” que acabamos de recorrer produce un *doble circuito continente*. El primer circuito –en el polo representativo– supone una ligadura inconsciente productora de la proyección, transforma el estímulo recibido pasivamente en una actividad proyectiva. Es el segundo circuito (¡por afuera!) el más difícil de concebir, el que asegura el retorno hacia sí de la proyección. Este segundo circuito no puede formarse sin la ayuda de la *pantalla interfaz alucinatoria negativa*. Lo que permite que el trabajo psíquico de la percepción, que no podría ser “más que interior”, se haga “también afuera”, es el carácter alucinatorio de esta pantalla. Sin pantalla, la proyección se efectuaría directamente sobre lo real signando la confusión del adentro y del afuera en la alucinación positiva patológica.

Ese dispositivo metapsicológico permite representarse la problemática de las relaciones adentro-afuera. La envoltura visual puede romperse de múltiples formas. La ruptura del primer circuito corta con lo real, y la del segundo circuito no permite

desligarse de él. Si el funcionamiento psíquico es marcado por un exceso alucinatorio negativo (ej. psicosis blanca, autismo) la pantalla será demasiado opaca y la proyección insuficiente. Si el funcionamiento psíquico es marcado por un exceso alucinatorio positivo, la pantalla será demasiado transparente y la proyección excesiva (histeria, psicosis alucinatorias y delirantes).

Sobre esta base, son posibles combinaciones más sutiles y complejas. El aspecto económico tan importante no debe hacernos descuidar el punto de vista cualitativo. Debemos interrogarnos especialmente acerca de la cualidad de la pantalla alucinatoria negativa, que depende en gran parte de las modalidades de interiorización del objeto primario. La pantalla debe servir de soporte de transformación; como tal, debe ser el fruto de la interiorización de la “capacidad de rêverie materna” (Bion). La pantalla debe poder variar flexiblemente en opacidad y transparencia, y servir de soporte a las defensas por negativización de ciertos significantes visuales (Lavallée, 1993 y 1994). Hay que interrogarse también acerca de la calidad de la proyección. Una proyección intensa pero focalizada produce persecución (cf. el caso de Ahmed) (Lavallée, 1994), pero evita el riesgo de la excorporización (cf. el caso de Jean) (Lavallée, 1993).

Evidentemente, entre el modelo analógico y el modelo metapsicológico de la envoltura visual —aquí muy resumido— existe un salto conceptual considerable. ¿Cuál es la relación entre ambos? A decir verdad, es en primer lugar el recuerdo de mi propio análisis. ¿Quién ha dicho que la cura tipo no podía enseñarnos nada acerca del tema de la percepción visual? *La alucinación negativa de la madre como modalidad de su interiorización tiene en efecto un modelo: la alucinación negativa del analista como modalidad de la interiorización del proceso analítico.* En efecto, es la ausencia de percepción visual del analista sobre el fondo de la regresión formal la que activa la alucinación negativa de la madre, y produce la pantalla sobre la cual los pensamientos del analizando podrán ser proyectados y volverse legibles. “Normalmente”, la ausencia de percepción visual del analista en la cura tipo, su “presencia-ausencia”, produce un continente, una envoltura visual negativa que privilegia la “visión de adentro” (el polo representativo) en detrimento de la visión de afuera (el polo perceptivo): el analizando no invierte lo que tiene ante los ojos. De ahí a pensar que uno de los elementos constitutivos de la envol-

tura visual del Yo sería un filtro alucinatorio negativo, bien psicologizado por la “interiorización-borramiento” del objeto primario, no había más que un paso, que finalmente di.

Eso supone evidentemente concebir el telón de fondo del proceso analítico como un movimiento inconsciente incesantemente modulado de vínculo-separación con el objeto primario. En ese movimiento, el surgimiento de los contenidos del pensamiento dan cuenta de lo alucinatorio positivo (de la madre) y el continente, de lo alucinatorio negativo (de la madre).

Mientras que la represión lleva a cabo su obra en profundidad, la alucinación negativa trabaja “en tiempo real” sobre lo figurable, fisura y delimita el material representativo de adentro y el material perceptivo de afuera.

En una palabra, si lo alucinatorio positivo es el motor de todo *contenido* figurativo en su tentativa de reencontrar la “cosa misma”, por el contrario, lo alucinatorio negativo –elaborado en contacto con la madre– construye incesantemente continentes a esas figuraciones. Un vacío enmarcado que acoge los pensamientos diurnos adentro, una pantalla del sueño para los pensamientos nocturnos, una pantalla interfaz que delimita y vincula percepciones afuera y representaciones adentro.

La alucinación negativa de la madre no es un simple fracaso de su alucinación positiva, es el producto de la capacidad de estar solo en presencia de la madre (Winnicott). Primer objeto visual, primera pantalla, el rostro de la madre debe desaparecer –tanto en el polo perceptivo como en el representativo– para que el mundo se abra para el niño. Si no fuera así, el mundo tendría para él el rostro de la Gorgona.

Visualmente, el borramiento figurativo de la madre en el movimiento de su interiorización produce un “*blank*” *tejido de su sustancia*: una “piel visual” diáfana (Lavallée, 1994), un velo inmaterial, una pantalla de pura luz orlada de un marco de oscuridad. A partir de ahí el vacío, el *blank*, apelan y vuelven figurables los contenidos, como la tela blanca apela a la pincelada del pintor, como el silencio y la invisibilidad del analista, bordeados por el encuadre analítico, apelan a la palabra del analizando.

El cineasta François Truffaut detestaba la sobreexposición a las altas luces del film. En efecto, en la proyección, en los lugares en los que no hay nada más sobre la “película” positiva, ahí donde

hay vacío de imagen, carencia de contenido, el blanco y el grano de la pantalla aparecen violentamente iluminados. Así, para el espectador, la ilusión alucinatoria positiva, portadora de la dinámica figurativa, desaparece, y *la vacuidad del continente aparece*. La ruptura de esta ilusión es dolorosa. Fantaseadamente, el objeto primario se pierde, la realización alucinatoria fracasa, el afecto que surge es del tipo “posición depresiva”. Si la pantalla psíquica aparece, aísla del mundo. Repentinamente, en lugar del *blank* siempre enmascarado por aquello que sostiene, aparece un muro opaco blanco, una barrera autística que quiebra nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos.

Ya sea en contacto con dispositivos analógicos o directamente en nosotros mismos, la existencia del continente perceptivo o representativo no es verificada más que por la ruptura de sus funciones. Tenemos que saber entonces inferir su existencia cuando, en toda actividad psíquica “normal”, permanece invisible.

¿Podemos acrecentar el “quantum alucinatorio” positivo asociado al dispositivo cinematográfico? Claro que sí, alcanza con proponerle al espectador mirar una película sobre una pantalla gigante *que parezca desprovista de encuadre* porque desborda su campo de visión, o una película *que parezca desprovista de pantalla* gracias a un procedimiento en relieve. Mejor todavía, con la ayuda de dispositivos de imágenes virtuales, con anteojos y guantes táctiles, los movimientos del cuerpo y la sensación táctil son asociados a la impresión de ver, no sobre una pantalla, sino a través de los anteojos. La imagen, recorporizada y confundida con una percepción directa, se volverá (cuando la tecnología lo permita) alucinatoria en un grado nunca alcanzado. Mientras más crea el espectador acercarse ingenuamente a lo real, más se involucra en una dinámica alucinatoria. Pero ese mundo virtual no tiene poder sobre nuestra psiquis más que en función de nuestra creencia en una “realidad más que real” y porque la alucinación de deseo está en la fuente de la representación. Para una personalidad operatoria no hay ahí ninguna magia.

“TOMA” DE VISTA Y DOMINIO

El cineasta documentalista “operatorio” cree objetivamente reproducir una realidad que él reduce, de hecho, a un “cliché”.

Pero la psicologización de toda percepción, ¿no apunta también a reducir, cotidianamente, lo real infinitamente cambiante y siempre incontrolable a la *banalidad de una “figuración-pantalla”*? Las figuraciones-pantalla tendrían los mismos efectos defensivos, en el polo perceptivo, que los recuerdos-pantalla en el polo representativo.

Paul Denis relaciona, en un juego recíproco constructivo, la experiencia del dominio con la experiencia de la satisfacción. Desde esta perspectiva, podríamos decir que el dominio visual va a permitirle al Yo satisfacerse con figuraciones-pantalla de lo real, que habrá constituido activamente a partir de estímulos pasivamente recibidos. El dominio visual es masivamente puesto en marcha en la toma de vista fotográfica y podría ser comprendido a la luz de ese modelo. La toma de vista elige un punto de vista sobre el mundo y reduce, fija y codifica en una imagen reproducible lo que ella aprehende. Creo que cada uno de nuestros vistazos al mundo, cada una de las fijaciones y focalizaciones del ojo sobre lo real son también “tomas de la vista” sobre el mundo, buscando producir figuraciones-pantalla reproducibles idénticamente. Volviendo así incesantemente sobre el mismo pasaje perceptivo, el Yo, en su actividad perceptiva habitual, estaría siempre confrontado a la misma realidad, mientras que, potencialmente, la realidad perceptiva es infinita. Así se constituiría, recíprocamente, una continuidad del mundo y del Yo que percibe.

Sin el dominio inmovilizante, sin la “constancia perceptiva” y su “ortomorfia”, sin la figuración pantalla, el mundo sería siempre cambiante.

Sin embargo, la repetición idéntica de percepciones siempre cambiantes es vital para el Yo. Sin repetición, no hay Yo. Sin “constancia perceptiva” no hay Yo-que-percibe.

El “Yo-visual” no quiere ver más que “déjà-vu”, ¿es así como tiene el mundo en sus manos!

CONCLUSION

El “esquema” (D. Anzieu, 1994) metapsicológico de la envoltura visual permite ayudar a representar, acercándola a ciertos parámetros esenciales, la infinita diversidad de los trastornos de

continencia y de transformaciones de las percepciones. Ese esquema visual puede, *mutatis mutandis*, ser utilizado en los otros registros perceptivos, y permite modelizar las relaciones adentro-afuera (Lavallée, 1994).

El concepto de envoltura visual del Yo me ha parecido utilizable como “telón de fondo” de todo trabajo clínico que trate de la visión. Así en el análisis de niños, que pone en práctica masivamente la visión, tanto la del analista como la del paciente⁵.

Psicologizar la percepción es convertirse en el agente de aquello a lo cual estamos permanentemente sujetos. Es vincular la libido narcisista y la objetal, es producir un sentimiento de realidad. Esa será la tarea de la envoltura visual del Yo.

La producción del dominio y de la constancia perceptiva forma parte del trabajo de la envoltura visual. Pero ese trabajo también tiene su precio: la repetición idéntica de percepciones siempre cambiantes le hace el juego a la pulsión de muerte.

El quantum alucinatorio positivo bien dosificado encuentra también su lugar en el funcionamiento de la envoltura visual. Lo alucinatorio asegura la victoria de lo psíquico ahí donde lo operatorio dejaría triunfar a lo real. Al contrario del dominio, lo alucinatorio busca recrear las percepciones, devolverles vivacidad. Aspira a reencontrar las raíces del “Yo-visual” en el “Yo-piel”, a devolver el estímulo visual “descorporizado” a la sensación corporal. Así, el Yo busca que el percepto se vuelva isomorfo, consustancial a sí mismo, intenta encontrar-crear un mundo que sea él. El quantum alucinatorio positivo está en la fuente del placer de ver, del sentimiento de una realidad “plena”, del sentimiento de lo bello. Lo real intensamente visto afuera es sentido con igual intensidad adentro. Pero —y no he podido abordar este problema aquí— el quantum alucinatorio positivo puede también ser puesto al servicio de la percepción traumática, haciéndola resurgir sin descanso.

⁵ He propuesto además la noción de “circuito continente” [boucle contenante] sin saber que Geneviève Haag hablaba de “circuito de retorno” [boucle de retour], para subrayar —ella también— el retorno introyectivo de la proyección, pero en el proceso terapéutico con niños autistas. En el diálogo “ojo a ojo” con el analista de niños, ella nota la necesidad de constituer un “fondo de reenvío” para las proyecciones del niño. Para mí, ese “fondo de reenvío” [fond de renvoi] es el equivalente de mi pantalla psíquica asociada con su circuito continente, y no puede constituirse en el niño sino en la alucinación negativa del terapeuta, como *modalidad de la interiorización del proceso analítico*.

Siempre habrá, normalmente, un “resto” operatorio en la psicologización de la percepción. La patología operatoria debe ser considerada como una victoria de la percepción. El Yo se somete a los estímulos y los absorbe sin discutir. Entonces lo real no es sentido, es verificado “únicamente afuera”.

Evidentemente, es el trabajo de la envoltura visual lo que producirá una vía intermedia bien psicologizada entre la verificación operatoria y la alucinatoria. Las “figuraciones-pantalla” son formaciones de compromiso producidas por la envoltura visual. Bajo el control del Yo dan cuenta del dominio, y encubiertas por la objetivación operatoria tienen asignada secretamente la realización alucinatoria del deseo. En efecto, en la figuración-pantalla más banal, como en el medio del *studium* sabia y convencionalmente codificado de una fotografía, siempre habrá algún *ponctum*, “algo que me punza” (R. Barthes, 1980). Un detalle, un color, un brillo, una incongruencia, sin importancia pero fetichísticamente sobreinvertidos, son portadores de un quantum alucinatorio positivo, y signan en secreto una realización de deseo en aquel que mira. Así, R. Barthes dice: “Dar ejemplos de ponctum es de alguna manera entregarme”.

De esta manera, lo real percibido, doblemente retornado, negativizado, enmarcado, resquebrajado, banalizado, inmovilizado... tendido sobre una pantalla, alucinado y... verificado, se convierte en lo real humano psicologizado en sus infinitas variedades.

A partir de ahí, la prueba de realidad se sitúa bien: “únicamente adentro-también afuera” (C. y S. Botella).

RESUMEN

Para penetrar en el enigma de la percepción visual, el autor propone un modelo analógico, el cine y un concepto: “la envoltura visual del Yo”. Se introduce e ilustra totalmente la elaboración teórica a través de referencias a los efectos del cine y de la fotografía sobre nuestra psiquis. El autor demuestra en consecuencia que un “quantum alucinatorio” afecta a toda percepción visual. Describe la envoltura visual como un trayecto pulsional reflexivo con doble nudo, que se apoya en una

“pantalla alucinatoria negativa”, fruto de la alucinación negativa de la madre. Indica las consecuencias de los fallos del continente visual. El autor opone “lo alucinatorio”, victoria de lo psíquico, a “lo operatorio”, triunfo de lo real, y asocia el dominio con la “constancia perceptiva”. Describe las “figuraciones-pantallas” como formaciones de compromiso.

SUMMARY

To resolve the enigma of visual perception, the author offers the analogical model of the cinema and a concept of the “visual covering of the Ego”. His theoretical elaboration is entirely presented and illustrated with references to the effects of cinema and photography on our psyche. The author thereby shows that a “hallucinatory quantum” affects all visual perception. He describes the visual covering as a reflexive instinctual trajectory in a double loop, based on a “negative hallucinatory screen”, born of the negative hallucination of the mother. He refers to the consequences of the inconsistencies of visual content. The author then contrasts the “hallucinatory”, or victory of the psyche, with the “operational”, or triumph of the real, and associates final ascendancy to “perceptive constancy”. He describes “screen-figurations” as compromise formations.

RESUME

Pour percer l'énigme de la perception visuelle, l'auteur propose un modèle analogique, le cinéma, et un concept, “l'enveloppe visuelle du Moi”. L'élaboration théorique est entièrement introduite et illustrée par des références aux effets du cinéma et de la photographie sur notre psyché. L'auteur démontre ainsi qu'un “quantum hallucinatoire” affecte toute perception visuelle. Il décrit l'enveloppe visuelle comme un trajet pulsionnel réflexif en double boucle, s'appuyant sur un “écran hallucinatoire négatif”, fruit de l'hallucination négative de la mère. Il indique les conséquences des défaillances du contenant visuel. L'auteur oppose l'“hallucinatoire”, victoire du psychique, à l'“opératoire”, triomphe du réel, et associe l'emprise à la “constance perceptive”. Il décrit des “figurations-écrans” comme formations de compromis.

BIBLIOGRAFIA

- ANZIEU, D. (1985) *Le moi-Peau*, Dunod, 1985.
— (1994) *Le penser*, Dunod, 1994.
— (Compilador) (1993). La boucle contenant et subjectivante de la vision, sa rupture dans les états psychotiques. En: *Les contenants de pensée*, Paris, Dunod, 1993.
ANZIEU, D. HOUZEL, D. ET COLL. (1987) *Les enveloppes psychiques*, Dunod, 1987.
BAUDRY, J.-L. (1975) Le dispositif: approches métapsychologiques de l'impression de réalité, in *Psychanalyse et cinéma, Communication*, N° 23, 1975.
COUVREUR, C. (1992). L'illusion d'absence, hallucination négative et hallucinatoire négatif chez Freud. En *RFP*, 1992.
DUPARC, F. (1992). Nouveaux développements sur l'hallucination négative et la représentation. En *RFP*, 1992.
GREEN, A. *Le travail du négatif*, Ed. Minuit, 1993.
LAVALLÉE, G. Interlocuter transitionnel. Taller en: *Centro Etienne Marcel*.

Traducido por Marina Calabrese.

Descriptores: Envoltura psíquica. Percepción.

Guy Lavallée
106 rue de Sèvres
75015 Paris
France